

SIN EL DOMINGO, NO PODEMOS

Todos sabemos que, en los primeros siglos de cristianismo, no había templos donde se reunieran los cristianos para celebrar la Misa. Solían hacerlo en las casas de alguno de los cristianos. Esto es lo que ocurrió en la ciudad de Abitina, que se encuentra al norte de África. Era el siglo IV y Emérito, seglar de la comunidad cristiana de esa ciudad, dejó su casa para celebrar la Eucaristía del domingo. El sacerdote se llamaba Saturnino y los participantes eran unos cincuenta. Las reuniones de los cristianos estaban prohibidas por las autoridades romanas, por eso, al ser descubiertos, los guardias los detuvieron y llevaron ante el juez. Emérito, entre los argumentos que dio al juez en defensa de los reunidos para celebrar la Eucaristía, el domingo, le dijo: “Sin el domingo, no podemos”.

¿Qué quería decir aquel cristiano con esa frase? Pues más o menos lo siguiente: que ser buen cristiano era difícil, y que, en aquél ambiente pagano que les tocaba vivir, necesitaban del domingo para reunirse y estar juntos los que profesaban la misma fe, para animarse unos a otros, para oír la Palabra de Dios, para celebrar la Eucaristía, para concretar proyectos de evangelización, para practicar la caridad cristiana, para otras muchas cosas, todas ellas necesarias y convenientes. Y llevaba toda la razón. Cada cristiano y cada familia cristiana vivían en un ambiente totalmente pagano, en ciudades paganas, con escuelas de la misma naturaleza, perseguidos por ser cristianos, normalmente a bastante distancia de otros cristianos. ¿Cómo podían ser fieles y perseverar sin esa reunión semanal, sin la fuerza de la Eucaristía y del amor fraterno expresado en sus reuniones dominicales?

Nosotros, los cristianos del siglo XXI, también hemos de decir: “Sin el domingo, no podemos”. Nuestros tiempos, es verdad, no son como aquéllos, pero se les parecen. Ciertamente tenemos libertad para reunirnos y desarrollar cualquier actividad de formación cristiana o de culto. Pero el ambiente paganizado es bastante semejante. Los criterios por los que se conduce generalmente nuestra sociedad son totalmente contrarios a los del Evangelio. Vivimos en una sociedad pluralista, en la que cada uno se construye su propia verdad o, a lo sumo, sólo se acepta como verdad la opinión de la mayoría, como si dos más dos fueran cinco, porque lo dijera la mayoría, o como si el aborto dejara de ser un crimen, porque lo ha aprobado la mayoría del parlamento.

En este ambiente que, por otra parte, tiene sus muchas cosas buenas, los cristianos de hoy hemos de convencernos de la importancia que tiene el domingo, y la participación en la celebración de la Misa dominical, para mantener nuestra identidad cristiana, para perseverar en la fe, para animarnos unos a otros, para vivir en familia y potenciar los vínculos familiares, para practicar la caridad, para aumentar la formación cristiana y, sobre todo, para tributar a Dios el culto debido. “Sin el domingo, no podemos”.